

¡Está en una edad...!

Siempre estamos en «una» edad. Pero, por hipótesis, las edades que no comprendemos, las que nos crean problemas, las que nos sitúan ante comportamientos incómodos, quedan estereotipadas con la sanción polivalente «cosas de la edad». Infantil para el sarampión. Adolescente para la indefinición, o la rebeldía e incorformismo, o la inestabilidad. Menopáusica para el asalto de vivencias emocionales imprevistas (a pesar de tantas lecturas previas).

Pero la edad que monopoliza con más frecuencia la queja del título es, evidentemente, la de la adolescencia. Supongo que el número de adolescentes problemáticos es mayor que el número de personas de la tercera edad con problemas inesperados. La adolescencia nos coge impreparados: no acabamos de persuadirnos que la infancia del niño se acaba y evoluciona sin avisar; no acabamos de persuadirnos de que la autonomía de la personalidad naciente no pide los permisos reglamentarios para manifestarse (y mucho menos para ensayarse); y, sobre todo, no acabamos de aceptar que la sensación de incomprensión (que padecen ellos y que experimentamos nosotros al no comprenderles) acentúa y provoca progresivamente la sensación de conflicto, por pérdida del dominio de la situación y por no saber acertar cuando más se desea lograrlo.

LOS MOMENTOS «INDEFINIBLES» DE LA ADOLESCENCIA:

Existen. Se viven. Son, realmente, indefinibles. Y quizás por eso mismo son el origen del malestar personal (en el adolescente) y familiar (en la convivencia con los padres y los otros hermanos).

LAS COMUNICACIONES «INMEJORABLES» DE LA ADOLESCENCIA:

Porque se producen casi cada hora. Todo, aun la cerrazón, es comunicación en la adolescencia. Inmejorables porque no se puede, aunque se quiera, concretar más el mensaje. Cuando se produce la maravilla de la sintonía es



FOTO. LUIS CARRE

cuando se percibe, con una alegría indescriptible, todo el contenido de la comunicación.

ANGELA Y SU CARTA EXCEPCIONAL:

Angela vive ahora sus 15 años y asiste (bueno, yo creo que estudia) al segundo curso de BUP. Nos conocemos desde sus 10 años y la relación que hemos tenido sólo se puede calificar de diáfana y encantadora. Fue una niña abierta, reflexiva, muy comunicativa, no precisamente con comunicaciones aparatosas, sino teniendo como tónica el compartir sus vivencias más personales con sus padres y conmigo, que surgió como un extraño amigo mayor,

donde predominó lo de amigo y no molestó nada lo de mayor.

Surgieron muchos silencios, nunca hostiles, pero de reserva íntima que, por supuesto, siempre respeté. Algunas conversaciones en nuestros encuentros esporádicos. Y una carta, ésta, que os brindo a todos, con su permiso.

Angela, extraordinariamente madura para su edad, no puede hacer un tratado sobre la adolescencia. Se debate en los mismos problemas de todos los adolescentes: querer comprenderse, intentar explicarse, y no lograr ni comunicarse ni comprenderse. Pero vive conscientemente su proceso y, en esta carta nos entrega, de una manera muy verdadera, algunas características de la tan cacareada «edad difícil».

Zaragoza, 17-11-79

¡Hola, Joaquín!

Recibí tu carta. Me alegré mucho. La verdad es que no sé qué decirte. Espero que se me ocurra algo.

Me he notado a mí misma un cambio del que, hasta ahora, no he hablado con nadie excepto con mi diario que empecé a escribir hace poco.

Ya no digo a mis padres todo lo que hago, como hacía antes, sino que lo hablo conmigo misma. Y no es porque haya dejado de confiar en ellos, sino porque hay algo dentro de mí que me dice que así lo haga. También las caricias que recibo de ellos las acepto, pero algo de ellas va contra mi voluntad. Todo esto supongo que será normal a mi edad: ya no soy una niña, aunque quizás tampoco una adulta.

Me gustaría que en tu carta me hablaras de todo esto.

Los últimos libros que he leído son: Retrato de una joven alcohólica, Diario de Ana Frank y ahora estoy leyendo Edad prohibida. En clase tenemos una hora de lectura y casi todos los libros llevan títulos como: Nacida libre, que supongo sabes de qué se trata. ¿Por qué a mí? otro de los títulos. La verdad es que muchos padres se han quejado y dicho a la dirección que no nos dejen leerlos. Por supuesto, el cole también se opone a estos libros. Se quedó en que, la que quisiera leerlos tendría que llevar una tarjeta de sus padres. Parece que en vez de ir a mayor, vamos a menor. Hay que reconocer que parte de las niñas de mi clase no han crecido aún, y no es que yo me crea mayor. ¿Por qué leemos esos libros? ¿Curiosidad? Ni yo misma lo sé. Son desagradables, pero a la vez... Estos puntos suspensivos son los que los adultos no comprenden. ¡Cómo lo van a comprender si ni siquiera nosotros lo sabemos!

Una cosa que me pone negra es que busquen siempre el porqué de las cosas y nos dicen: Esto es así y nada más, pues así debe ser. ¡Y pensar que me voy a convertir en una de esas personas! Me asusta la idea. Quizás consiga ser distinta, que también las hay.

Es muy bello imaginar el porqué de las cosas, aunque luego choques con la realidad. Por eso a los adultos les da miedo hacerlo, aunque a nosotros no. Porque estamos acostumbrados a no recibir ese porqué de las personas mayores: quizás por eso nos moleste cuando ellas nos preguntan a nosotros. Hay muchas cosas de éstas que no entiendo. (Esto que te he dicho lo llevaba dentro de mí pero nunca lo había expresado y creo que me ha salido bien).

No sé si te habré hablado alguna vez de ello, pero en clase no soy apreciada, pues no me comprenden. Angela tiene dos caras: una la que presenta a los demás y otra la que oculta: para sus padres o para sus dos mejores amigas no. Por ejemplo, en Borja, en fiestas, conocieron un poco de mí otra parte ya que encontré mi ambiente. Nadie la conoce entera excepto mi amiga de Borja que me comprende y, quizás, mis padres. Esto me crea muchos problemas, ya que, al solo mostrar esa parte tímida de mí, a nadie caigo bien excepto al que se acerca a mí. Muchas veces intenté que fuese al revés, pero no lo consigo. Por eso a veces me encuentro sola.

Bueno, no te voy a llenar más la cabeza con mis problemas, que hartos tendrás tú. Un saludo de toda la familia, en especial de Rosina, que es la única que está en casa. **ESCRIBEME.**

Abrazos:

Angela

P.D. Tengo un ligero resfriado, pero no es nada. No guardo cama. Perdón por los errores cometidos. A pesar de mis problemas, soy todo lo feliz que puedo.

Angela

Esta carta está escrita hace mucho tiempo y se me olvidó mandártela: pero más vale tarde que nunca. Te dije que esperarás: espero que no se te haya hecho muy largo.

Angela

De nuevo soy yo: esta vez no disculpo: sería igual. Sólo te deseo que pases unas felices navidades y que no te enfades por esto.

¿Sabes una cosa? Tengo bastante miedo a la muerte. ¿Por qué no me hablas de ella?

Angela

Según Angela, las lecciones más elementales sobre la adolescencia se formulan así:

1. A un adolescente le encanta tener amigos mayores que merezcan su confianza.
2. A un adolescente le encanta recibir las comunicaciones y confidencias de las personas mayores.
3. Un adolescente quiere comunicarse, aunque no tenga mensajes concretos que formular.
4. Un adolescente es consciente de que está experimentando un cambio, aunque no sepa en qué consiste ese cambio.
5. Un adolescente necesita comunicar su intimidad: cuando no encuentra la persona adecuada se inventa el diario personal que es, en realidad, mucho más su confidente que el archivo de sus hallazgos personales.
6. El adolescente, en principio, se cierra y no se comunica con sus padres, sin que esto signifique tener nada contra ellos.
7. El adolescente recibe de una manera distinta las manifestaciones de cariño de sus padres: tiende a rechazarlas, pero no puede vivir sin ellas.
8. Muy pocas veces, pero algunas sí (sobre todo si es el propio adolescente quien lo formula) se da cuenta de que sus problemas surgen de no ser ya niño (aunque todavía lo es) y de empezar a ser mayor (aunque todavía no lo es).
9. El adolescente quiere (necesita) la opinión de las personas mayores sobre sus problemas: pero sólo cuando la reclama y de las personas de las que se fie (que son las que respetan su personalidad naciente y su ritmo evolutivo, no las que intentan imponer la imagen de lo que es bueno en sí mismo).
10. Los adolescentes que han encontrado gusto por la lectura, buscan libros que respondan a su curiosidad: prefieren leer ellos los temas llamados «vidriosos» y después comentarlos con sus confidentes, que recibir informaciones previas (sesudas y sanas). De antemano desconfían de las informaciones de los adultos en estas materias. Tampoco quedan satisfechos con las lecturas que hacen, pero necesitan leerlas.
11. Las medidas de los adultos que van buscando la seguridad, el control, la ortodoxia, los adolescentes las sienten como retardatorias de su evolución, y por eso se ponen contra ellas.
12. Los adolescentes experimentan la diferencia de ritmo en el proceso de maduración psicológica entre sus compañeros. Esto provoca incomprendiones y ruptura de amistades infantiles de muchos años de duración. Sólo algunas de estas amistades truncadas se recuperan y, normalmente, son las que fundamentan ese tipo de amistades de toda la vida.
13. Un adolescente empieza a sentirse un poco mejor cuando cae en la cuenta de que los mayores no le comprenden porque ni ellos mismos (los adolescentes) son capaces de comprenderse.
14. A los adolescentes les da en rostro la necesidad de los adultos de razonarlo y justificarlo todo. Al adolescente, de momento, le basta con vivir la realidad como es.
15. Y en el momento anterior, y en el siguiente, también el adolescente necesita que le razonen todo y que le justifiquen las posturas divergentes.
16. Cada paso que da un adolescente en la comprensión de sí mismo supone un paso firme en la maduración de su personalidad: siente mucha mayor seguridad y una alegría tan grande que, en seguida, necesita comunicarla. Son los buenos momentos de comunicación adolescente.
17. Son muchos los adolescentes que viven como si tuviesen doble personalidad: la que los otros aprecian (la exterior, la que entregan) y la íntima (la que sólo conoce el diario y las personas que se le acercan sin juicios previos ni automáticos).
18. La sensación de soledad es muy frecuente en los adolescentes. Su yo más íntimo no vive más que en su interior: nadie se acerca a él. Y se queda solo.
19. Cuando encuentran un amigo en esos momentos, viven la amistad más bonita del mundo con una lealtad maravillosa.
20. Toda esta problemática acumulada no impide, a un adolescente psíquicamente sano, sentirse feliz.
21. No pocas veces los adolescentes son alocados en detrimento de sus decisiones prácticas: deciden con su intención, pero no logran que llegue a ejecutarse su decisión.
22. Con una cierta frecuencia a los adolescentes les preocupa la muerte: sin concretar demasiado si es la propia, si es la de los demás, o si es el problema más general de que los hombres tengan que morir. Suelen pasar como ráfagas escalofrantes por su emoción, que le dejan el interrogante sobre el más allá, sobre la fugacidad de la vida humana y muchas veces las viven como la amenaza a que desaparezcan las personas que ellos más quieren.

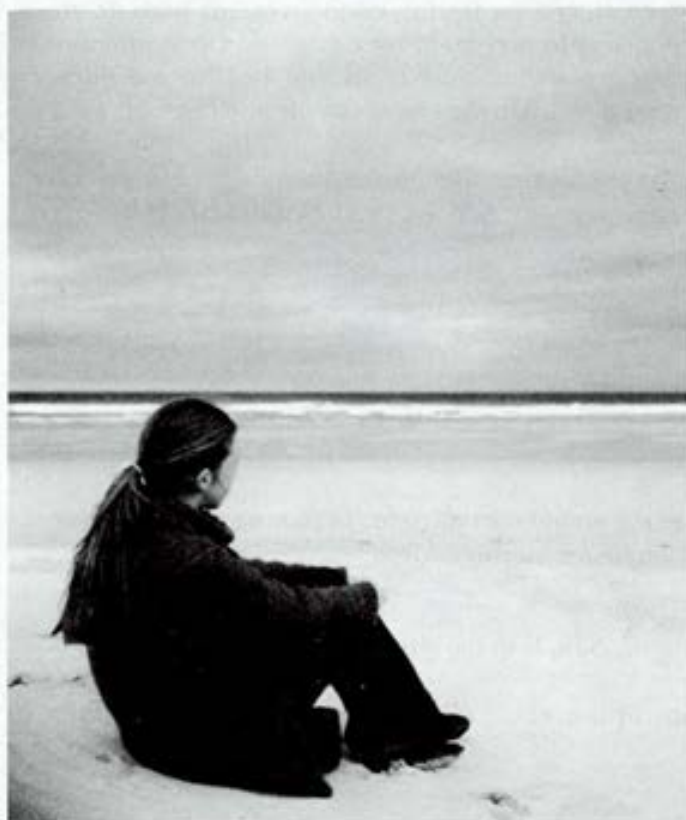


FOTO: LUIS CARRÉ

Justificación y agradecimiento:

Yo no sé si todo eso lo saqué de la carta de Angela o del conocimiento que tengo de ella. He ido leyendo frase por frase y reflexionando en voz alta.

Tendría que dar las gracias a Angela: pero eso ella ya lo sabe. Y me dijo que también tendría que darle las gracias a Javier y a Anabel y a Mercedes y a Tomás y a todos los adolescentes que me dejan ser su amigo. Ella me lo dijo así. Pero también me dijo: «¿Sabes, Joaquín? Sólo tenemos un modo de agradecernos la amistad. Seguir siendo amigos».

JOAQUIN MARIA GARCIA DE DIOS